

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

Las trayectorias laborales de los graduados de sociología de la Universidad de Buenos Aires. La inserción profesional en un mercado de trabajo cambiante.

Juan Pedro Blois.

Cita:

Juan Pedro Blois (2011). *Las trayectorias laborales de los graduados de sociología de la Universidad de Buenos Aires. La inserción profesional en un mercado de trabajo cambiante. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/594>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Mesa 52 Historia de Cronopios y de famas. La sociología argentina en perspectiva histórica: Sus tradiciones, actores e instituciones

Autor: Juan Pedro Blois

Pertenencia institucional: CONICET-IIGG-UBA

e-mail: pedro.blois@gmail.com

Resumen:

El paso por la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires constituye una marca muy fuerte en la vida de los sociólogos. Lejos de aparecer como una instancia de paso donde se produciría una simple y sencilla transmisión instrumental de conocimientos o destrezas a ser luego aplicados en la vida profesional, para buena parte de los graduados la socialización universitaria en sociología constituye un momento de ruptura que cambia su forma de ver el mundo. Aun cuando se inserten profesionalmente en las más diversas tareas y tengan distintos recorridos y experiencias laborales, la identidad en tanto sociólogo se mantendrá como un rasgo de fuerte presencia. En este marco, esta ponencia se propone describir y analizar la particular idea de sociología que los estudiantes incorporan durante su formación universitaria. El énfasis estará puesto en la relación entre esta idea y las inserciones en el mundo del trabajo.

Palabras clave: sociología – Universidad de Buenos Aires – socialización universitaria – profesionalización

LA SOCIOLOGÍA COMO VOCACIÓN. LA SOCIALIZACIÓN UNIVERSITARIA EN SOCIOLOGÍA EN LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES DESDE LA VUELTA DE LA DEMOCRACIA

Introducción

El paso por la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires constituye una marca muy fuerte en la vida de los sociólogos. Lejos de aparecer como una instancia de paso donde se produciría una simple y sencilla transmisión instrumental de conocimientos o destrezas a ser luego aplicados en la vida profesional, para buena parte de los graduados la socialización universitaria en sociología constituye un momento de ruptura que cambia su forma de ver el mundo. La experiencia universitaria, si bien siempre movilizante pues es parte del momento de fuerte transición vital que muchos jóvenes experimentan al comenzar una carrera -y que suele ir de la mano de una mayor independencia de la familia, la generación de nuevos vínculos sociales e,

incluso, para muchos, el desplazamiento a una ciudad distinta-, supone, en el caso de sociología, la introducción a una disciplina cuyos contenidos y discusiones implican a menudo la puesta en cuestión de anteriores certezas en favor de un nuevo marco interpretativo y valorativo.

Según el propio testimonio de los graduados, la sociología constituye una disciplina capaz de ofrecer una mirada integral del mundo, una mirada que “abre los ojos”, y “contextualiza las cosas que suceden”, que permite “ir más allá de las falsas evidencias e ilusiones del sentido común”. La sociología mucho más que como un conjunto de saberes circunscrible al momento y ámbito laboral, aparece como una verdadera cosmovisión que distingue a los iniciados de los no iniciados. En ese sentido, la disciplina provee un fuerte sentido de identidad. Aun cuando los graduados se inserten profesionalmente en las más diversas tareas y tengan distintos recorridos y experiencias, la identidad en tanto sociólogo se mantiene como un rasgo de fuerte presencia.

Quizá a contrapelo del derrotero de varias instituciones que en las últimas décadas, como ha diagnosticado la propia sociología (Dubet, 2006), han visto decrecer su poder y capacidad a la hora de formar sujetos y delinear identidades, la Carrera de Sociología, pese a su desorden administrativo, dificultades operativas y condiciones materiales precarias, se constituyó, desde su reorganización con la vuelta de la democracia, como una institución capaz de dejar una fuerte impronta en quienes por allí pasan. En el proceso de socialización universitaria y profesional que allí tiene lugar, los futuros sociólogos internalizan un conjunto de disposiciones y orientaciones para la acción que tiene fuertes efectos en sus posteriores trayectorias como graduados, condicionando sus orientaciones temáticas, opciones laborales y estrategias profesionales. Cabe preguntarse entonces por la formación y particular mirada que transmite esta institución. ¿Cuál es la idea de sociología que predomina? ¿A qué metas y cánones se asocia? ¿Cuál es la relación que se plantea entre formación profesional e inserción laboral? ¿Cómo se presentan las opciones que ofrece el mundo laboral para los sociólogos? En fin, ¿qué tipo de disposiciones y orientaciones hacia el mercado de trabajo se forman durante la socialización universitaria?¹.

Socialización universitaria y socialización en sociología

La socialización universitaria es fundamental para el desarrollo de toda comunidad disciplinaria o profesional. Es a través de este proceso que se asegura la reproducción del grupo y que los futuros miembros incorporan los modos de pensar y de actuar propios de la disciplina; una “subcultura profesional” particular que se terminará de configurar en la práctica como graduados y que asegura su identidad como miembros del grupo profesional².

La socialización universitaria comprende un proceso de aprendizaje más explícito asociado a los contenidos, saberes y destrezas, propios de la disciplina, objetivados en los programas y planes de estudio, y otro proceso más difuso e informal vinculado a normas, valores y representaciones. En su incorporación y apropiación intervienen no sólo las interacciones entre profesor y alumnos en la situación de clase, sino aquellas más informales que ocurren

más allá de las aulas y que vinculan a docentes y alumnos pero también a los alumnos entre sí, a los alumnos con sus representantes estudiantiles, etc..

Si la noción de socialización universitaria supone que la personalidad de los individuos que inician sus estudios es una estructura relativamente maleable que puede ser modificada bajo la influencia de factores sociales diversos, es preciso recordar que no se trata nunca de un proceso unidireccional. Los individuos, en función de sus diferentes trayectorias y orientaciones previas y de la forma en que reconstruyan su experiencia escolar (Dubet, 1994), tendrán parte importante en la constitución de este proceso. Si ello no es tenido en cuenta, se corre el riesgo de caer en una visión que hace del individuo y sus orientaciones una mera función del sistema de relaciones y estímulos sociales en que fue socializado (Tenti, 2002)³. Como indican Bonaldi y su grupo en su estudio sobre los alumnos que cursan Sociología, “los estudiantes no son una materia prima inerte dispuesta a ser producida en serie como en la metáfora de la película “The Wall”. Por el contrario, ellos tienen la capacidad de dar sentido y resignificar el proceso de formación del cual son parte. Podrán así entusiasmarse, cuestionar o rechazar lo que les propone la institución [...] Establecerán clasificaciones y oposiciones jerárquicamente ordenadas, tomarán decisiones y construirán argumentos para justificarlas. En cierta forma los estudiantes contribuyen a producir reflexivamente su propia experiencia en la institución” (Grupo Pensar la Facultad, 2009:8,9).

Ahora bien, si se la compara con otros procesos de socialización universitaria, la socialización en sociología, en tanto tal, presenta ciertas características peculiares. A diferencia de lo que ocurre con otras disciplinas, cuya socialización está destinada a normar solamente el “papel ocupacional”, la formación en sociología, en la medida en que la realidad social es permanentemente tema de reflexión y análisis, suele ir acompañada de la formación de un conjunto de actitudes que conciernen la vida más general del estudiante y las relaciones en las que participa⁴. Mientras, por ejemplo, el estudiante de derecho o medicina se plantea como problema fundamental adquirir un conocimiento cabal sobre temas que percibe relativamente “externos” a su persona, los estudiantes de sociología suelen atravesar un complejo proceso que involucra no sólo el esfuerzo necesario para alcanzar un dominio suficiente de las asignaturas cursadas, sino además la necesidad de asumir posturas frente a perspectivas que los obligan a reflexionar –y potencialmente modificar- muchas de los valores y visiones que hasta allí habían dado por sentados (De Venanzi, 2003). Es usual, en este sentido, que la socialización en sociología puede inducir, aun cuando indicamos que ninguna socialización constituye un proceso unidireccional, una cierta “desculturización” en favor de una nueva visión del mundo⁵.

Si lo anterior constituye una característica universal de la socialización en sociología –y quizá de otras ciencias sociales- propia de cualquier escuela que forme en la disciplina, el caso de la UBA presenta ciertas especificidades asociadas a las particulares tradiciones intelectuales y dinámicas institucionales que allí se expresan. Veamos entonces algunas de las características de la formación impartida en esta Carrera.

La socialización universitaria en la UBA y la cuestión profesional

La Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, desde su reorganización a mediados de los ochenta, se configuró como un espacio poco receptivo a la preocupación por la inserción laboral de sus graduados. Ello, a diferencia de otras carreras donde tal cuestión tiene una presencia constante no sólo en las clases y contenidos de los programas sino también en distintas iniciativas institucionales. Son allí habituales la promoción de convenios de pasantías, la organización de instancias específicas para reflexionar sobre el mercado laboral y las mejores estrategias para insertarse en él, las reformas de planes de estudios y contenidos curriculares en vistas a lograr una mejor expresión de aquellos elementos requeridos a los graduados en su práctica profesional, entre otras iniciativas. Las diferencias, en este sentido, con muchas de las profesiones con las que los sociólogos se relacionan cuando se insertan en el mundo laboral son notorias. La economía, el marketing, la administración de empresas, el derecho, la psicología o el trabajo social, aun con todas sus diferencias internas puesto que no se trata de disciplinas homogéneas, presentan a quienes las eligen como formación universitaria una conexión mucho más directa con la cuestión laboral y profesional.

Si bien es verdad que una cierta desconexión con el mercado laboral es propia de un conjunto variado de disciplinas sociales o humanísticas (como la historia o la filosofía), no lo es menos que esta desconexión deriva del hecho de que, más allá de las actividades de docencia o investigación, son pocas las salidas disponibles para sus graduados. En contraste, las destrezas y saberes propios de la sociología han sido valorados desde hace tiempo por un conjunto variado de instituciones⁶.

Al obviarse tal cuestión, los agentes que convergen en este ámbito -alumnos, profesores, agrupaciones de estudiantes y autoridades-, parecieran muchas veces actuar como si quienes estudian sociología fueran a permanecer en ese estado toda su vida, desconociendo, de esa forma, el hecho de que el objetivo primordial de todo estudiante es buscar una formación que pueda ser ejercida en un futuro más o menos próximo (Grupo Taller Pensar la Facultad, 2009:151). Como apuntaban Bourdieu y Passeron (2003) para el caso de los estudiantes franceses de ciencias sociales y humanidades, un presente, aquel propio de la condición estudiantil, que objetivamente está destinado a desaparecer tiende a quedar, de ese modo, inmovilizado.

Lo anterior, sin embargo, no implica que la cuestión laboral desaparezca. Lejos de ello, aparece como preocupación central para los estudiantes a medida que la finalización de los estudios deviene más y más próxima. Ahora bien, en la medida en que tal problema no se plantea ni es procesado institucionalmente, la preocupación y angustias que genera tanto como las soluciones y salidas posibles deben tramitarse individualmente, en un marco signado por un desconocimiento notorio de la multiplicidad de alternativas de inserción. El ingreso al mundo del trabajo puede aparecer, en esas condiciones, como la incursión en un terreno prácticamente desconocido.

Sólo la enseñanza e investigación universitaria se presentan en el horizonte de la mayoría de los estudiantes como fin deseable. En una institución que, pese a su declarado pluralismo, promueve un ideal de sociólogo ligado a la vida académica que excluye y no refiere los usos no académicos de la disciplina, aquella constituye de manera irremediable la opción laboral más visible. Como apuntan Bonaldi y su equipo, “bastaría una rápida aproximación sociológica a los mecanismos informales de selección y reclutamiento de los docentes, de sus trayectorias académicas y laborales previas para constatar cómo la pretendida pluralidad de perspectivas que propugna el plan de estudios naufraga ante la contundente homogeneidad de los actores encargados de implementarlo. A veces en las clases se mencionan otras alternativas de salidas laborales para los sociólogos, pero siempre aparecen subestimados o desvalorizadas, directa o indirectamente. Todas ellas parecen estar por debajo de la figura del investigador docente. La vida académica es la que mejor representa el ideal de la sociología que se busca transmitir” (Grupo Taller Pensar la Facultad, 2009:153). El resto de las salidas laborales aparece, en el mejor de los casos, como un consuelo y, en el peor, como una traición a la formación recibida.

Entre la vocación y la profesión. Actualización y reproducción de la tradición crítica

La consolidación de una carrera universitaria que no discute las opciones laborales de sus graduados, o lo hace sólo parcialmente, es inescindible del peculiar contexto en que se configuró. Como es sabido, a partir de 1984, con la vuelta de la democracia, comienza un proceso de profunda reorganización institucional. En aquellos primeros años, frente a lo ocurrido durante la dictadura -cuando la enseñanza estuvo a cargo de un conjunto de docentes poco especializado que incluía figuras que defendían declaradamente las iniciativas del régimen castrense-, se produjo una fuerte reivindicación de la tradición crítica que había dominado la institución en el pasado⁷.

En un marco signado por la fuerte activación y movilización del estudiantado, el retorno de varios profesores del exilio y la restitución de ciertos sociólogos que habían sido cesanteados y expulsados de la universidad, se afirmó una idea de sociología asociada al compromiso por la intervención social y política, que ponía en un plano ciertamente secundario la preocupación por la salida laboral de los futuros graduados. La sociología, más que como una profesión capaz de ofrecer sus servicios técnicos a una variada clientela, fue entendida como una vocación por la intervención colectiva y crítica para cambiar la sociedad.

Lo anterior, sin dudas, se inscribía en el proceso más amplio de reactivación social y política que signó los primeros años de la recuperación de la democracia. Ese momento, caracterizado por un fuerte optimismo respecto de las potencialidades del régimen que se reinstauraba, coincidió con una fuerte afirmación de la voluntad política como instancia desde la cual propiciar profundas transformaciones sociales. El clima de efervescencia que agitaba a la sociedad permeó con fuerza el proceso de reorganización de la Carrera

motorizando una idea de sociología que buscaba una conexión con la práctica política en detrimento de las versiones más profesionalizadas de la disciplina.

En ese contexto, dos elementos fueron fundamentales. De un lado, el perfil de los profesores más prestigiosos, mucho más identificados con el papel de “intelectual” implicado en las discusiones públicas que con el de “técnico experto”, definido como especialista que opera a partir de la racionalidad instrumental. Del otro, las orientaciones del estudiantado movilizado, en particular de sus agrupaciones políticas que desde temprano ejercieron una considerable influencia en la definición de las decisiones que hacían a la reorganización de la Carrera⁸.

Observando las consignas y reclamos de las agrupaciones estudiantiles relativas a lo que debía ser la sociología como disciplina e institución universitaria en esos primeros años, se comprueba que lejos de buscar una profesión como cualquier otra de las que se ofrecen en una universidad, lo que pretendían era un punto de miras y acción que los vinculara a la sociedad desde una posición crítica. Atraídos por la figura del académico comprometido con la política, reclamaban de la Carrera una conexión con los sectores dominados de la sociedad. La figura del sociólogo se asociaba estrechamente a la del militante. Su labor debía estar al servicio de una sociedad justa e igualitaria. La demanda de una apertura de la Carrera hacia las necesidades de la “sociedad” y de la “clase obrera” o el “pueblo” devino una constante. En definitiva, los estudiantes movilizados buscaban en la sociología mucho más de lo que habitualmente se busca en una carrera universitaria.

En ese marco, es comprensible que los sociólogos de mayor trayectoria en las actividades vinculadas al análisis de mercado y a los estudios de opinión, verdaderos promotores de estas actividades en el medio local, prefirieran no integrarse a la renovada carrera. Si bien hubo, como vimos, quienes se inscribieron en los concursos de las áreas de “metodología” y “estadística”, al momento de la entrevista no se presentaron. El perfil que la Carrera cobró en esos primeros años se reveló incompatible con el estilo de sociología que practicaban y estaban interesados en difundir⁹.

Sin dudas, la resistencia que habrían encontrado hubiera sido muy fuerte. Es que los estudiantes movilizados, como indicamos, mucho más que un medio de vida, buscaban en la Carrera un ámbito de reflexión crítica. Las agrupaciones estudiantiles, más allá de sus diferencias políticas o ideológicas, coincidían en que la Carrera debía formar “sociólogos críticos con autonomía intelectual”. Dados estos fines, cualquier preocupación por las posibles salidas laborales de la sociología –precisamente aquello a lo que podía dar respuesta este grupo de sociólogos- quedaba en un plano secundario. Los capitales y habilidades acumulados en su ejercicio profesional estarían privados de cualquier valor en el ámbito de la Carrera¹⁰.

Así lo demuestra la experiencia de algunos sociólogos más jóvenes dedicados al trabajo de consultoría en análisis de mercado y estudios de opinión que se incorporaron como docentes. En estos casos, se produjo un fenómeno curioso.

Su inserción profesional principal era invisibilizada, produciéndose un divorcio entre la actividad docente y la actividad laboral: en sus clases no harían referencia a sus trabajos por fuera de la academia. Incluso allí donde enseñaban metodología, no ofrecían contenidos vinculados a su experiencia profesional. Sin poner en cuestión la definición de la sociología como una práctica eminentemente académica, explicaban las técnicas e instrumentos de investigación sin destacar sus potenciales usos no académicos, aquellos con los que se ganaban la vida.

Más allá del consenso tendiente a la convivencia de perspectivas y estilos diferentes, dada la imagen de la sociología legítima que dominaba la institución, las versiones de la disciplina más vinculadas al mercado laboral, no tuvieron expresión en la Carrera -sea porque hubo quienes prefirieron no participar de este espacio, sea porque quienes sí lo hicieron no incorporaron los contenidos de su práctica profesional a sus clases-.

En lo sucesivo tal situación no fue modificada sustancialmente. Cuando el entusiasmo inicial fue dando paso a la desilusión por las promesas incumplidas de la democracia, las condiciones no variaron. Con el cambio de década y la instauración de los programas de ajuste y modernización económica que significaron para la Universidad de Buenos Aires un notorio agravamiento de su situación presupuestaria, buena parte de quienes participaban del espacio de la Carrera asumieron el mantenimiento de lo dado como una defensa de la institución universitaria. Frente a las agresivas iniciativas oficiales, entre las cuales destacaba la Ley de Educación Superior propiciada por los organismos financieros internacionales, la reluctancia a introducir cambios en la currícula aparecía como un acto de “resistencia”. En un marco social y político dominado por los discursos e iniciativas de corte neoliberal, el procesamiento institucional de la cuestión laboral y profesional de los sociólogos no se veía favorecido¹¹.

Desde que el plan de estudios fuera aprobado a comienzos de 1988, aun cuando se planteó en sucesivas oportunidades una reorganización que, sobre todo, ordenara la parte de materias optativas, no se produjeron reformas del mismo que contemplaran los cambios que se fueron dando en las inserciones laborales de los sociólogos. Tampoco se constituyeron desde las sucesivas direcciones de la Carrera instancias institucionales donde se pudiera reflexionar colectivamente sobre la pertinencia de la formación recibida ni sobre la inserción laboral de los graduados en un espacio donde los estudiantes pudieran informarse sobre las posibilidades laborales que se abren al momento del egreso.

Desde la institucionalización universitaria de la disciplina, toda carrera de sociología, en cualquier país del mundo, se ve enfrentada a una tensión entre dos tendencias contrapuestas: favorecer la sociología como discurso crítico – impugnadora de la dominación y la relaciones de poder establecidas- o estimular la sociología como profesión -preocupada por garantizar a sus practicantes una buena inserción en el mercado laboral. De esta tensión deriva una ambigüedad constitutiva de la sociología universitaria, ambigüedad que, en

la Universidad de Buenos Aires, tras la vuelta a la democracia, en consonancia con la trayectoria previa, tendía a definirse en favor del primer polo.

Entre el egoísmo y el altruismo. La tensión entre los intereses individuales y las orientaciones colectivas

Si la prescindencia frente a la cuestión profesional no puede ser desvinculada de las condiciones del particular contexto en el que se reorganizó la institución, signado por una fuerte reivindicación del pensamiento crítico y la voluntad políticamente comprometida, tampoco debe ser disociada del particular perfil y deseos de quienes deciden estudiar sociología. Ningún proceso de socialización, como ya indicamos, es unidireccional. Los sujetos no responden de manera mecánica a las variables e influencias que trabajan para orientarlos en un determinado sentido. Sus propios intereses intervienen con fuerza en el proceso. La sociología y la formación en sociología no son, en este sentido, impermeables a las experiencias previas, expectativas y atributos de los futuros sociólogos¹².

¿Cuáles son las demandas de los ingresantes a la Carrera de Sociología? ¿Cuáles son sus expectativas? ¿Qué buscan al estudiar una disciplina como sociología? Un rasgo común a muchos de los estudiantes que llegan a la Carrera es una mirada crítica o disconforme sobre su sociedad y una cierta vocación de intervención social. Mucho más que una expectativa por un futuro laboral definido o una formación que les asegure una cómoda posición social, los mueve una cierta curiosidad intelectual, acompañada generalmente de una preocupación política por promover cambios en la sociedad. Como apuntan Bonaldi y su equipo, “Si bien es cierto que existe una voluntad explícita de obtener un título universitario, como lo prueba el simple hecho de que todos ellos se anotan formalmente en las materias y se preocupan porque les pasen las notas a sus legajos, la sociología no es percibida como una profesión liberal cuyo título podría garantizar una mejor inserción en el mercado de trabajo. Por el contrario, se tiene la vaga idea de que la disciplina implica un conjunto de saberes y conocimientos que pueden ser utilizados colectivamente” (Grupo Pensar la Facultad, 2009:94,95). Para buena parte de los ingresantes, en este sentido, la preocupación individual por el futuro laboral queda ciertamente en un segundo plano¹³.

Ahora bien, los estudiantes de sociología no son los únicos que deciden sus estudios orientados por una cierta preocupación por el bien público, más allá de cómo se lo representen. Muchos de los futuros médicos, psicólogos o abogados para dar sólo algunos ejemplos, también conciben su elección como la respuesta a una vocación que trasciende o excede el interés por el logro de una buena inserción en el mercado de trabajo. La dimensión instrumental que motiva la realización de una carrera universitaria puede aparecer, en efecto, como secundaria frente al compromiso y defensa de ciertos valores más elevados: la salud, la verdad, la justicia. Sin embargo, en estos casos, una vez dentro de la respectiva institución, los futuros médicos, psicólogos o abogados perciben que ambas motivaciones no necesariamente deben estar escindidas.

En las definiciones predominantes de estas disciplinas, en efecto, la idea de vocación va de la mano de la idea de profesión: el compromiso con el bienestar general de la sociedad asume la forma de una práctica profesional que, es cierto, se orienta de una manera ética frente a sus clientes o pacientes pero que, sin embargo, no excluye la posibilidad de lograr una buena posición social y económica (Freidson, 1986).

En ese posicionamiento, dos distinciones cobran relevancia. Por un lado, frente a las ocupaciones gobernadas por la sola lógica comercial propia de las relaciones de mercado, donde lo que está en juego es la búsqueda de la mayor utilidad posible, estas profesiones reivindican un código ético de conducta que hace de las necesidades y bienestar de sus demandantes la prioridad de su accionar en el marco de una vocación de servicio. Por otro lado, sin embargo, frente al puro voluntarismo afectivo o compromiso militante, reclaman poner en juego unos saberes y destrezas especiales, aprendidos durante una fase de entrenamiento formal, que justifican y legitiman el aseguramiento de un buen estatus social y económico para sus practicantes, a la manera de una justa recompensa por los servicios prestados. La motivación económica o el interés individual sólo es recusada, por los pares o por el público en general, cuando aparece tomando un protagonismo desmesurado¹⁴.

En rigor, la tensión entre interés individual y vocación de servicio altruista recorre todas las ocupaciones que reivindican objetivos que van más allá de consideraciones puramente comerciales (Zelizer, 2009). La tensión, de hecho, es inevitable cuando una misma actividad o trabajo se orienta por fines que trascienden lo inmediatamente económico pero que a la vez sirve como fuente de ingresos y medio de vida. Alrededor de tales polos y exigencias enfrentadas se han organizado muchas de las disputas que signaron el desarrollo de cada una de las profesiones, en tanto clivaje capaz de generar reagrupamientos y tomas de posición contrapuestas, algunas más “profesionalistas”, otras más “vocacionales”. Si es posible que se logren ciertos equilibrios más o menos estabilizados entre una y otra orientación, las tensiones siempre pueden reaparecer. La propia práctica cotidiana de los profesionales es testimonio de ello: el interés y preocupación por una atención esmerada y comprometida de un cliente o paciente puede colisionar con su falta de recursos, embarcando al profesional en una actividad que puede resultar gratificante en un plano personal –o rendirle incluso cierto reconocimiento social- pero que no es capaz de ofrecerle sus medios de vida. Frente a tales demandas y exigencias contrapuestas, diversas soluciones de compromiso son posibles¹⁵.

Ahora bien, ¿qué ocurre en el ámbito de la Carrera de Sociología con esta tensión? ¿Cómo se relacionan los intereses individuales y la vocación por el conjunto? Según se puede esperar de acuerdo a lo antedicho, en un contexto donde la dimensión vocacional y el compromiso son fuertemente reivindicados y los ingresantes no busca en principio el reaseguro de una buena posición en el mercado laboral, la afirmación de lo colectivo tiende a predominar sobre lo individual. En un marco en que una definición “profesionalista” de la disciplina es rechazada, el procesamiento institucional del hecho de que toda carrera universitaria supone también un proyecto individual no se ve facilitado.

Por supuesto, aun cuando pueda ser relegada o incluso vedada, la dimensión individual no desaparece. Difícilmente podría ser de otro modo en la medida en que, como sostienen Dubet y Martuccelli (1996), cualquier institución escolar la supone. La escuela –o la universidad en este caso- no es sólo una organización que promueve la integración a un conjunto de valores y creencias comunes sino que constituye un sistema de competencia regulada que individualiza a los actores que allí se integran al someterlos a continuas situaciones de evaluación que sólo pueden ser enfrentadas de manera individual. Si la primera función, aquella que la sociología clásica más enfatizó, refiere a la transmisión de una identidad cultural tendiente a la integración social de los individuos, la segunda señala la constitución de un mercado competitivo en que los actores, en base a sus intereses individuales, deben desarrollar una racionalidad estratégica que contemple su situación, sus objetivos y sus recursos¹⁶. Esta última dimensión, al tratarse de una institución universitaria, cobra mayor relevancia y urgencia pues la necesidad de lograr una posición individual satisfactoria en el mercado laboral es ciertamente más inmediata que en instancias previas del sistema educativo.

En este sentido, es posible observar cómo, a medida que se acerca el final de la carrera, la segunda dimensión se hará más y más presente para los estudiantes de Sociología. Si en los primeros años de cursada los estudiantes muestran una marcada tendencia a embarcarse en actividades colectivas de diverso tipo¹⁷, en lo sucesivo deberán privilegiar las iniciativas tendientes a maximizar sus oportunidades individuales. La inversión de tiempo y energía en actividades grupales que difícilmente puedan responder a la preocupación por la inserción profesional se traduce en el abandono progresivo de tales actividades¹⁸.

En esas condiciones, más que una solución de compromiso entre lo individual y lo colectivo como ocurre en otras disciplinas, se produce una disolución de la tensión. En un primer momento, en favor de lo colectivo y, luego, en favor de lo individual. Ahora bien, esto no supone un cambio en las categorías y principios de clasificación que los estudiantes de sociología incorporan en los primeros años de la Carrera: “participación”, “compromiso”, “intervención”, “colectivo”, “política” seguirán manteniendo una valoración positiva aun cuando sus sentidos puedan variar. La sociología, en ese sentido, en ningún caso será concebida como una formación meramente instrumental capaz de asegurar un buen empleo.

Los sociólogos frente al dinero y al poder

Dado lo anterior, no debería sorprender el hecho de que los futuros sociólogos incorporen unos criterios de éxito profesional ciertamente distintos de aquellos presentes en otras formaciones. La afirmación en el ámbito de la Carrera de una veta crítica y cuestionadora del orden vigente se asocia a una peculiar relación con dos de los criterios de estratificación social distinguidos por Weber (2008): el económico y el político.

Si en otras ocupaciones el éxito económico constituye sin más un indicador del éxito profesional, las disposiciones que transmite la carrera plantean una relación conflictiva con las actividades lucrativas, tanto en el plano individual del sociólogo como cuentapropista o empresario como cuando éste es contratado por alguna empresa. Sea porque se resaltan las conexiones de la sociología con la práctica política y el compromiso, sea porque se concibe la sociología como el ejercicio de una disciplina crítica tendiente a develar los mecanismos y relaciones de poder, y en ese sentido, a realizar una función social de carácter emancipatorio, la búsqueda de la ganancia material aparece como un fin recusable, como una traición a una formación que va más allá del bienestar individual y que, en ese sentido, como otras vocaciones, exige un cierto sacrificio material. A diferencia de otras profesiones, para los sociólogos el éxito económico puede indicar, de hecho, un apartamiento de los deberes disciplinarios. El ascenso material aparece, al menos para buena parte de los actores que confluyen en la Carrera, como el testimonio de un conflicto ético que ha sido resuelto en detrimento de la propia sociología, como un “venderse” al mejor postor que desvaloriza —o incluso niega— la actividad del sociólogo.

Si un ingreso alto no se asocia al éxito profesional, otro tanto ocurre con el acceso a posiciones de poder en una burocracia pública o privada. Sucede que los futuros sociólogos, a diferencia de lo que ocurre con otras profesiones como, por ejemplo, la economía, no se forman “para desarrollar su actividad cerca del poder, ya sea económico (trabajando en empresas, consultoras y financieras) o político (trabajando para el Estado)” (Neiburg y Plotkin, 2004:231). Por el contrario, el saber de la disciplina lejos de presentarse “como un conjunto de herramientas operativas al servicio del poder”, aparece en el ámbito de la carrera como una forma de ver el mundo tendiente a criticar y develar los mecanismos de ese mismo poder. Las versiones de la sociología más próximas al ideal de la neutralidad valorativa, que defienden la oferta de la *expertise* y conocimientos propios de la disciplina a los agentes dispuestos a pagar por ellos, son excluidas de la Carrera.

En un espacio donde se afianza una mirada sobre la sociedad que tiende a reivindicar a las demandas de los grupos postergados y recusar las iniciativas de las elites sociales, que construye una visión que ve en el mundo privado y el mercado, más que un espacio de intervención posible de los sociólogos, una realidad dominada por las relaciones de explotación y dominación frente a la que es mejor poner distancia, que afirma una visión —o sociodicea— que explica a través de factores estructurales la asimétrica asignación de recursos materiales y simbólicos en una sociedad -recusando las visiones que destacan los méritos individuales-, que no ve en las empresas el motor del progreso material de las sociedades sino un conjunto de actores que buscan beneficiarse en detrimento de las mayorías sociales, es comprensible que se estructuren unos criterios de éxito profesional marcadamente distanciados de aquellos propios de otras formaciones universitarias e incluso de aquellos más generalizados en la sociedad.

Consideración final

Si se tiene en cuenta lo expuesto a lo largo de esta ponencia, no parece exagerado sostener que la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires forma a los futuros graduados en un conjunto de disposiciones y formas de ver el mundo que, como los principios y prácticas demandados por las religiones de salvación que estudió Weber (1985), muchas veces rechazan y se tensionan con los imperativos propios de las distintas esferas sociales en las que deberán participar una vez graduados.

El conflicto personal, inducido por el desfasaje entre el contexto de interiorización de tales normas y valores y el contexto de intervención profesional, será en esas condiciones inevitable, adquiriendo mayor o menor intensidad de acuerdo a las tareas concretas que se lleven a cabo y de acuerdo a la forma en que los sociólogos particulares logren procesar este desfasaje.

Por supuesto, la idea de sociología incorporada durante la socialización universitaria no presenta un carácter estático que se mantendrá inmodificado a lo largo del tiempo, indiferente a las distintas prácticas que van asumiendo los sociólogos en su desarrollo profesional. Como indica Piriou en su trabajo sobre los sociólogos practicantes en Francia, la identidad y la imagen de la sociología que adoptan los sociólogos tienen un doble anclaje. Son el resultado de un proceso de socialización universitaria –donde se adquiere no sólo un conjunto de conocimientos técnicos sino una visión moral sobre lo que es y debe ser la disciplina- pero también el producto de las interacciones que los sociólogos mantienen entre sí y con otros actores en sus medios de trabajo (Piriou, 2006:14). De hecho, a medida que pasa el tiempo, los sociólogos van desarrollando, en función de sus posiciones, sus experiencias, los objetivos de las instituciones de las que forman parte y de sus nuevos mundos de referencia, otras formas de entender la sociología que, en varios casos, cuestionan o se distancian de la definición adquirida en el paso por la universidad.

Ahora bien, en la medida en que la cuestión laboral o profesional estuvo vedada como preocupación legítima a tratar colectivamente durante el paso por la Carrera, caerá en los sociólogos, en tanto individuos, hacerse un camino profesional en un mundo del trabajo prácticamente desconocido así como encontrar nuevos sentidos para la disciplina que resulten menos tensionados con sus prácticas cotidianas.

Notas

¹ Esta ponencia presenta hallazgos de una investigación de doctorado en curso que analiza el desarrollo y complejización de las inserciones laborales de los sociólogos en Argentina desde mediados de los ochenta.

² La formación de escuelas especializadas y el control sobre el licenciamiento es, en efecto, uno de los rasgos que la sociología de las profesiones, de las más diversas orientaciones, ha considerado vital para la formación de una profesión (Abbott, 1988).

³ Tal es la crítica que se le hace a los enfoques de la socialización vinculados a la tradición funcionalista y a la marxista (al menos en su versión estructuralista). Al respecto puede verse Dubet y Martuccelli (1996) donde se presenta un recorrido y análisis de los principales enfoques sobre la socialización.

⁴ Como apuntaba Berger en una célebre obra, “la fascinación de la sociología radica en el hecho de que su perspectiva nos hace contemplar desde un nuevo punto de vista el mismo mundo en el que hemos pasado toda nuestra vida. Esto constituye también una transformación de la conciencia. Además, esta transformación es más pertinente para la existencia que la que se lleva a cabo en muchas otras disciplinas, ya que es más difícil separarla en cierto compartimento especial de la mente. El astrónomo no vive en las remotas galaxias y fuera de su laboratorio, el físico nuclear puede reír y comer, casarse y votar sin pensar en las interioridades del átomo [...] El sociólogo vive en la sociedad, en el trabajo y fuera de él. Inevitablemente, su propia vida es una parte de la materia que estudia. Como hombres que son, los sociólogos también procuran separar sus conocimientos profesionales de sus asuntos diarios. Pero esta es una hazaña muy difícil de llevar a cabo en buena ley (Berger, 1979:38).

⁵ Para referirse a la formación en sociología y sus peculiares efectos en el plano individual, De Venanzi, que estudia la socialización universitaria en sociología en la Universidad Central de Venezuela, propone la noción de socialización “integral” para distinguirla de la socialización “ocupacional”, de carácter más acotado y asociada a carreras más instrumentales (De Venanzi, 2003:117).

⁶ Sobre el desarrollo y ampliación del mercado laboral de los sociólogos, puede verse Beltrán y Runinich (2010) y Testa y equipo (s.f.).

⁷ Sobre lo ocurrido durante la dictadura pueden verse Perel *et al.* (2006) y Raus (2007). Sobre el proceso iniciado con la vuelta de la democracia (Blois, 2009a).

⁸ Según Ferreira Braga, la relación de la sociología en Brasil con la idea de profesión, muy similar a la registrada en el caso argentino, debe vincularse también a la fuerte influencia del contexto de politización de los años setenta, momento que constituye un “período de inflexión en la disciplina” que explica la falta de preocupación por la profesionalización y el empleo por fuera de la academia de los sociólogos (Braga, 2009:154).

⁹ Al respecto, puede verse Blois (2009b).

¹⁰ Como señala Vommaro, la relación entre las encuestas de opinión y las ciencias sociales ha sido conflictiva. “Aun cuando la mayor parte de los expertos tenga una formación como sociólogos, su intento de imponer la práctica de las encuestas como una rama importante de la sociología no tendrá el éxito esperado. [...] Las dificultades para imponer como legítima, en el medio universitario público, la técnica de la encuesta tal como era utilizada por los expertos para medir las opiniones y las intenciones de voto, contribuyó a la progresiva “migración” de los encuestadores hacia las universidades privadas” (Vommaro, 2008:94,95). Estas instituciones, a diferencia de lo que ocurría en la carrera de sociología de la UBA, ofrecieron un marco en el que su particular *expertise* podía ser valorizada en nuevas ofertas académicas.

¹¹ Sociología fue una de las pocas carreras de la Universidad de Buenos Aires que no modificó su plan de estudios, que sigue vigente desde 1988, en el contexto de reforma propiciado por la Ley de Educación Superior (Beltrán, 2005).

¹² A la hora de dar cuenta de los factores “externos” que pesan sobre las orientaciones de la sociología, es común referir el influjo de los organismos que financian las investigaciones o de las clientelas que contratan los servicios de los sociólogos -agencias estatales, empresas, organizaciones de la sociedad civil, etc.-. Se suele indicar, y muchas veces alertar, sobre los condicionamientos y amenazas que estos actores “ajenos al campo” de la sociología imponen sobre su “autonomía”, propiciando la elección de ciertas temáticas y formas de abordarla, consagrando ciertos estilos de trabajo en detrimento de otros, promoviendo cierta definición de la disciplina, etc.. Ahora bien, un factor que suele pasar desapercibido y que, dado su influjo en la forma que adopta la enseñanza de la sociología, tiene un peso decisivo es el perfil y orientaciones de los estudiantes. Como señala Halliday, los estudiantes son uno de los grupos más importantes frente a los que los sociólogos deben legitimar su disciplina en la medida en que para toda carrera universitaria es indispensable asegurarse un caudal mínimo de ingresantes año a año (Halliday, 1992). Sin ello, la reproducción como profesión y disciplina académica entra en crisis. Cualquier carrera de sociología debe pues contemplar sus demandas en función de constituir un marco capaz de retenerlos, interesarlos y entusiasmarlos a fin de que continúen el curso de estudios.

¹³ En una encuesta a estudiantes próximos a graduarse realizada en el año 2000, el Laboratorio de Análisis Ocupacional de la Facultad de Ciencias Sociales, encontró que poco más del 50% de los encuestados aseguraba haber iniciado sus estudios por un “interés intelectual y académico” mientras que el 40% refería “la vinculación con la política y la

participación social”. Sólo un 5% mencionaba una expectativa laboral. Según se sostiene en el mismo informe, tales cifras reproducen las encontradas casi diez años atrás cuando se aplicó una encuesta de similares características (LAO, 2001).

¹⁴ De hecho, como destaca Freidson, la ideología de las profesiones, fundamento discursivo tendiente a legitimar el control autónomo de las decisiones que hacen al trabajo de los profesionales e impide la intervención de los demandantes de esos servicios –el cliente que contrata sus servicios para una tarea puntual o la institución privada o pública que lo toma como asalariado-, tiene como un componente central el compromiso con un ideal trascendente. El servicio de un profesional, al menos en los términos típicos ideales en que lo propone el autor, no se orienta, a la manera de un “mercenario”, a responder las demandas de quien lo contrata en los términos en que éste lo decida. Su compromiso, por el contrario está en la defensa de ciertos valores –la justicia, la salud, la prosperidad, etc.-. De hecho, “it is because they claim to be a secular-priesthood that serves such transcendent and self-evidently desirable values that professionals can claim independence of judgment and freedom of action rather than mere faithful service” (Freidson, 2001:122).

¹⁵ La sociología de las profesiones ha sido consciente de esta tensión y a lo largo de su desarrollo ha oscilado entre poner el énfasis en uno u otro de sus polos. Si en sus orígenes en Inglaterra y en su profuso desarrollo norteamericano durante la posguerra, el tenor general de los análisis presentaba a las profesiones como servidoras honorarias del bien público y las distinguía de otras ocupaciones por su servicio basado en un conocimiento esotérico y orientado normativamente, en los sesenta, el humor cambió. De un enfoque que privilegiaba las virtudes sobre los vicios, se pasó a uno que, en una veta ciertamente crítica, decidía enfatizar los vicios sobre las virtudes y rechazaba a los anteriores puntos de vista como apologetas que buscaban presentar los intereses particulares de las distintas profesiones como intereses generales de la sociedad. La misma idea de profesión fue atacada al punto de afirmarse que el mundo estaría mejor sin profesiones. Como apunta, Freidson: “The academic sociologists of the 1940s and 1950s were prone to emphasize as the central characteristics of professions their especially complex formal knowledge and skill along with an ethical approach to their work. These and other traits were used to set professions off from other occupations and to justify the protective institutions and high prestige that also distinguished them. Writers from the late 1960s on, however, emphasized instead the unusually effective, monopolistic institutions of professions and their high status as the critical factor and treated knowledge, skill, and ethical orientations not as objective characteristics but rather as ideology, as claims by spokesmen for professions seeking to gain or to preserve status and privilege” (Freidson, 1986:29). Si para unos conocimientos especializados y comportamiento ético basado en el servicio al bienestar común justificaban el acceso a un alto estatus social y económico, para otros, tales elementos no eran más que una coartada al servicio de la monopolización injustificada de recursos materiales y simbólicos a favor de un grupo organizado para la adquisición de prebendas.

¹⁶ Según los autores, la experiencia escolar supone una dimensión más. El actor no es solamente definido por sus pertenencias comunes o sus intereses. La escuela apunta también a formar sujetos, actores capaces de construir una distancia reflexiva y una acción autónoma. Estas tres funciones corresponden evidentemente a conductas que toda institución escolar busca estimular y entre las cuales intenta propiciar un equilibrio. El buen alumno no es aquel que solamente respeta los imperativos de la integración común, es también aquel que resulta exitoso en la competencia con sus pares y aquel que desarrolla una mirada crítica y autónoma. La tensión entre integración social y autonomía se halla, como destaca Dubet (2006), en el corazón de las ideas y preocupaciones sobre la individualización de la sociología clásica.

¹⁷ Sea al interior de la facultad en alguna agrupación política o como estudiantes “independientes”, sea por fuera de la facultad, participando en actividades organizadas por algún grupo universitario o en las prácticas de extensión, multiplicidad de actividades colectivas que contribuyen a reforzar su identidad y pertenencia colectiva (Grupo Taller Pensar la Facultad, 2009).

¹⁸ La realización de actividades de voluntariado o la participación en organizaciones políticas puede, no obstante, servir como medio de acceso a oportunidades laborales a partir de las relaciones sociales que se establecen en esos ámbitos.

Bibliografía

- Abbott, Andrew (1988): *The System of Professions*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Beltrán, Gastón (2005): "Formación profesional y producción intelectual en tiempos de cambio político", en Levy, Bettina y Gentili, Pablo, *Espacio público y privatización del conocimiento*, Buenos Aires, CLACSO.
- _____ (2010): "Las ciencias sociales y el surgimiento de un mercado del saber experto. Las bifurcaciones de la sociología argentina en el final del sigloXX", en Rubinich, Lucas y Beltrán, Gastón: *¿Qué hacen los sociólogos?*, Buenos Aires, Aurelia libros.
- Berger, Peter (1979): *Introducción a la Sociología*, México, Limusa.
- Blois, Juan Pedro (2009a): "Sociología y democracia. La refundación de la Carrera de Sociología en la Universidad de Buenos Aires (1984-1990)", *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, N°26.
- (2009b): "La sociología en Argentina desde la vuelta a la democracia. Vocación crítica y nuevas inserciones laborales", *Nómadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, N°23, Publicación de la Universidad Complutense de Madrid, septiembre de 2009. ISSN: 1578-6730. <http://www.ucm.es/info/nomadas>
- Braga, Eugenio (2009): "Cientistas sociais extra-universitarios: identidade profissional no mercado da pesquisa", *Estudos de Sociologia*, vol. 14. n°26.
- De Venanzi, Augusto (2003): *La sociología de las profesiones y la sociología como profesión*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- Dubet, François (2004): *Sociologie de l'expérience*, París, Editions du Seuil.
- _____ (2006): *El declive de la institución. Profesiones, sujetos e individuos ante la reforma del Estado*, España, Gedisa.
- _____ y Martuccelli, Danilo (1996a): "Théories de la socialisation et définitions sociologiques de l'école", *Revue Française de Sociologie*, Vol.37, n°4.
- Freidson, Eliot (1988): *Professional Powers. A Study of the Institutionalization of Formal Knowledge*, Chicago, The University of Chicago Press.
- _____ (2001): *Professionalism. The Third Logic*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Grupo Taller Pensar la Facultad (2009): *Aprendiendo Sociología. La impronta de la Carrera en la experiencia de los estudiantes*, Buenos Aires, La Gomera.
- Halliday, Terence (1992): "Introduction: Sociology's Fragile Professionalism", en Halliday, Terence y Janowitz, Morris: *Sociology and its Publics*, Chicago, The University of Chicago Press.
- Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano (2004): "Intelectuales y expertos. Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad en la Argentina", en *Intelectuales y expertos*, Buenos Aires, Paidós.
- Perel, Pablo, Eduardo Raíces y Martín Perel (2006): *Universidad y dictadura*, Buenos Aires, Ediciones CCC.
- Raus, Diego (2007): "La sociología en el 'Proceso'", *Sociología en Debate*, Buenos Aires, n°1.
- Rubinich, Lucas y Langieri, Marcelo (2007): "La sociología ahora", en *La sociología ahora*, Buenos Aires, SigloXXI.

-
- y Beltrán, Gastón (eds.) (2010): *¿Qué hacen los sociólogos?*, Buenos Aires, Aurelia Rivera.
- Tenti, Emilio (2002): "Socialización", en Altamirano, Carlos (dir.): *Términos críticos en sociología de la cultura*, Buenos Aires, Paidós.
- Testa, J. (s/f). *Estudio comparativo de graduados*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.
- Vommaro, Gabriel (2008): *Lo que quiere la gente*, Buenos Aires, Prometeo.
- Weber, Max (1985): "Negaciones religiosas del mundo y sus orientaciones", en *Ensayos de sociología contemporánea II*, España, Planeta-Agostini.
- _____ (2008): *Economía y sociedad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Zelizer, Viviana (2009): *La negociación de la intimidad*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.